



Capítulo Uno

La Promesa

"Dicen que es peor la rebelión que su causante; pero es la injusticia del rey lo que me hace gigante."

La mente del regicida se estrellaba con la violencia de una tormenta sin tregua, el idealismo más encendido y el pánico más humillante. Sus pensamientos no seguían una línea, sino que giraban sobre sí mismos como un remolino febril donde la visión de la libertad, de la justicia y de la revolución se mezclaba con el terror a la muerte, con el espanto a fracasar, con la posibilidad atroz de que su sacrificio no produjera redención alguna y acabase, por el contrario, en el ridículo o en la nada. Le quedaba, sin embargo, una certeza, tan nítida como insoportable: ya no había retorno posible.

Y entre aquellas ideas que lo sacudían, ardía una imagen por encima de todas: Juliana. Su nombre le abrasaba el espíritu con más fuerza que el sol que caía sobre la calle. —Ella me amará —se repetía con una convicción que

lindaba con el delirio—. El hombre que libere a España... el hombre que se atreva. Yo soy ese hombre.

Su acto no era ya solo político. Había adquirido, en el fondo más oscuro de su conciencia, la forma desesperada de una declaración de amor. Era el último intento, el más brutal y sacrílego, de comprar con sangre lo que ni su afecto, ni su ternura, ni su razón habían logrado conquistar, porque el corazón de ella pertenecía ya a otro mundo, a otro hombre, a otra fe.

Repasó una vez más el plan en su cabeza: el ángulo exacto, el tiempo preciso, la vía de huida, la supresión forzosa de cualquier temblor de piedad. En momentos así, el individuo dejaba de ser hombre para convertirse en instrumento; ya no era carne, ya no conciencia, sino arma. Un susurro parecía reptar por las paredes de la habitación. Un tic-tac invisible lo perseguía. El eco de su fe revolucionaria martillaba dentro de su pecho. Tras meses de preparación, el momento había llegado. Era ahora... o nunca.

Mateo, el joven anarquista, se aprestaba a consumir un regicidio.

El plan maquiavélico para derrocar al rey no había nacido en el calor de una sola tarde, sino en las largas horas de penumbra compartidas en los cuartos de almacén de la biblioteca universitaria barcelonesa, donde las ideas se incubaban como virus y las palabras, pronunciadas en voz baja, adquirían el peso de una sentencia.

Ahora, en la semioscuridad de su pensión, había concluido la lectura de un manuscrito. Aquel editorial anónimo y despiadado no era solamente un panfleto: era un catecismo de la ruptura, un manual que detallaba, con fría determinación, los pasos hacia el derrumbe de la monarquía.

Sentado al borde de la cama, contempló la portada del impreso que, a sus ojos, ya no anunciaba una teoría, sino su propio destino:

¡La Vanguardia del Cambio!

—«Con cada latido, un grito por la libertad. Con cada respiro, el peso de esta verdad. España clama; la miseria es un clamor, y por una promesa de amor, libero este terror...»

Aquellos versos no eran literatura: eran la exaltación de su voz interna, el desahogo solemne de un alma que había encontrado, al fin, una justificación para su abismo.

Sostuvo la publicación sobre las piernas durante unos instantes más, releendo el título con la gravedad con que un condenado podría contemplar su propia sentencia, antes de dejarla sobre la mesa de noche.

Tomó un pequeño estuche con tabaco y, con una calma casi sobrenatural, comenzó a liar un cigarrillo. Su mirada permanecía abstraída, suspendida en un punto que no estaba ni dentro ni fuera de la habitación. Cada uno de sus movimientos resultaba lento, medido, casi mecánico, como si lo ejecutara no un hombre, sino un autómatas sin alma. En su semblante se mezclaban el aturdimiento, la preocupación y esa especie de pasmo que acomete a quienes están a punto de consumar un acto del que ya no podrán desprenderse jamás.

—«Saco la maleta; la llave gira sin ruido. Una bomba Orsini, el secreto mejor guardado, el fruto de mi nido. Diseñada para el impacto, sin espoleta que esperar; el trueno entre mis manos, no hay tiempo para dudar...»

Aquellas palabras, murmuradas apenas, eran el martillo con el que forjaba su propia voluntad, un canto feroz e indomable con el que intentaba sofocar el miedo.

A lo lejos, un centenar de voces celebraba la unión del rey y de su nueva reina, con vítores que se propagaban en oleadas por la ciudad. Los espectadores, sumidos en la ignorancia más absoluta respecto de la tragedia que se cernía sobre ellos, intensificaban su clamor a medida que la comitiva avanzaba. El rugido de la multitud crecía por momentos, anunciando una llegada que ya era inminente.

—«De lejos se escuchan los gritos; una multitud que celebra. El rey se ha casado... mientras el infierno se siembra.»

Su corazón y mente libraban una batalla incesante. Ninguno de los dos cedía; ninguno de los dos vencía del todo.

El matrimonio se había consumado. Los novios y su séquito avanzaban por las calles colmadas de fieles que aclamaban al rey y a su nueva reina con la fe ciega de quienes necesitan creer en algo, aunque sea en la magnificencia prestada de una corona.

Eran casi las dos de la tarde cuando la comitiva nupcial se acercó a la hospedería. Apenas un cuarto de kilómetro les separaba del Palacio Real. Camuflado entre un ramo de flores, la bomba Orsini que Mateo sostenía en sus manos el peso, no físico, sino como el cumplimiento de una sentencia largamente anunciada.

Se asomó al balcón.

Abajo, la calle era un río humano de sombrillas, cintas, plegarias y expectación. Un mar de fe dispuesto a quebrarse.

La canción interior, aquella letanía obsesiva, seguía llenando el vacío de la habitación.

—«La carroza se aproxima, ostentosa y reluciente, y yo, desde mi balcón, aguardo como un juez impaciente. El sol de Madrid me ciega, me abraza la piel. Este es el momento... por la patria, por tu querer...»

Hizo una pausa.

Pensó en ella y su promesa.

—«Y veo tus ojos, Juliana, en el reflejo de un cristal. Tu amor prohibido: mi fuerza, mi bien y mi mal. Por España, por la libertad... por ti...»

Aquellas palabras que balbuceó, más que sostenerlo, no podía más. Estaba obligado a seguir. La carroza se hallaba a tiro de piedra. La distancia se había convertido en reloj. El peso que llevaba entre las manos era al mismo tiempo condena y liberación. Un escalofrío le recorrió el cuerpo entero; la sangre se le heló en las venas.

No había vuelta atrás.

Ni en el amor.

Ni en la bandera.

—¡AHORA! —arrancó un grito de lo más profundo de su alma, no como una palabra, sino como una herida abierta.

Y entonces:

—«Tres segundos de caída; una mancha contra el azul. Un ramo de flores, un destino, una cruz. El tiempo se detiene... la detonación... el infierno.»

—¡LO HE HECHO! —gritó con una mezcla de furor, espanto y júbilo.

Segundos después, envuelto en el humo, con la garganta abrasada por la pólvora y el corazón golpeándole el pecho como un animal enloquecido, murmuró casi para sí, casi para ella, casi para el vacío:

—«El eco de un trueno en la ciudad. La carroza destrozada, el triunfo y la maldad. El humo en mis pulmones me sabe a tu promesa. El fin de una era... el inicio de una tristeza.»

Y al final, con la voz convertida en apenas un susurro, concluyó:

—Lo hice... por ti.